

ANTIIMPERIALISMO Y LITERATURA EN EL CARIBE (1898-1933)

Las consecuencias de la guerra entre España y los Estados Unidos contribuyen al auge de la literatura antiyanqui en el Caribe: Puerto Rico se convirtió en una de las primeras colonias de la América del Norte; bajo su influencia estaban en peligro la cultura y tradiciones de la isla; Cuba también quedó intervenida, y los intereses económicos de las compañías azucareras hacían dudar de su futuro político; y, también a fines de 1898, se intenta derrocar el gobierno de la República Dominicana, ya gravemente endeudado con los capitalistas de Wall Street, para algunos, con el beneplácito y la ayuda de los Estados Unidos.

Es así que las Antillas se convierten a partir de aquel año en el campo más fértil para la literatura de protesta contra la América inglesa. Fuera de esa región, sin embargo, la mayoría de los escritores no hacen declaraciones o literatura antiyanqui por simpatía o apoyo moral de sus hermanos del Caribe, sino más bien en defensa de la España vencida y humillada. Para ellos el triunfo de los Estados Unidos en la guerra es la coyuntura que suscita sus profesiones de fe panhispánica: la antigua metrópoli puede perder sus territorios, pero ellos se proponen conservar la gloria de su imperio cultural: se unirán, en defensa propia, ante la invasión de la raza del Norte. Este es el credo de los «arielistas», en cuanto que giran alrededor de los principios postulados por Rodó en su famoso ensayo de 1900. Así, en un vaivén espiritual, el problema de la influencia de los Estados Unidos surge como tema de una parte significativa de la literatura hispanoamericana del momento, tanto en el campo negativo de los científicistas, como en el de optimismo de muchos modernistas en su cumbre de fe panhispánica: César Zumeta, Alcides Arguedas, Bunge, Darío, Groussac... Su yanquifobia, de base cultural, es el núcleo de la que

profesarán tantos después, mezclada con protestas, indignación y temor ante las sucesivas intervenciones económicas, políticas y armadas en Panamá, Guatemala, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Méjico, Haití y las Antillas Mayores: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, cuyos casos veremos con algún detalle.

Además de la geografía, hay otra razón para las fechas de este período de literatura antiyanqui. Si bien 1898 significa el punto de partida de una actitud explicable contra los Estados Unidos, en 1933 hay un relajamiento de esa agresividad por las promesas de la política del buen vecino proclamada por Franklin D. Roosevelt, en la que creyeron con la mejor buena fe muchos de los que habían combatido los desmanes en el Caribe de los presidentes McKinley, Theodore Roosevelt, Taft y Woodrow Wilson. Luego, con el desvanecimiento de esas esperanzas, surge un nuevo ciclo de literatura antiimperialista, en el cual estamos todavía, y cuyas obligadas raíces hay que buscarlas en obras y escritores como los que aquí nos ocupan.

Para representar dicha actividad literaria es necesario hacer una selección que, además de ofrecer ejemplos típicos de la particular forma expresiva, resuma los más frecuentes modos e imágenes que se manejan en la época. Un ensayista dominicano, un novelista de Cuba y un poeta de Puerto Rico —Américo Lugo, José Antonio Ramos y José de Diego— se encargarán de ofrecer una rica diversidad de elementos, comunes entre sus compatriotas, en esa manifestación por la que se censura el gobierno norteamericano en sus relaciones con la América española. Además de la prolongada ocupación de Haití y las numerosas incursiones de los Estados Unidos en la América Central y Méjico, son testigos esos tres escritores antillanos, después de la guerra contra España, de la ocupación permanente de Puerto Rico, la imposición de un apéndice a la Constitución cubana por el que pudieron realizar sucesivas intervenciones en la isla y la toma de las aduanas y ulterior imposición de un gobierno militar en Santo Domingo.

Desde 1910 Américo Lugo se había destacado como vocero continental antiimperialista al denunciar, como representante de su país en la Cuarta Conferencia Panamericana, en Buenos Aires, los más recientes actos de intervención económica y política de los Estados Unidos en Hispanoamérica. En 1916 vio la ocupación armada de Santo Domingo, que impuso un gobierno militar, y su pronta reacción fue combatir la ingerencia desde las columnas del *Listín Diario*. Sucedieron dispersos alzamientos contra el Ejército extranjero, la prisión y el exilio de importantes elementos patrióticos, mientras se mantenía la más

severa represión y censura. Ya en su cuarto año la ocupación norteamericana empezaba a sentir con fuerza los sostenidos ataques de los intelectuales del país; entre ellos, alentado por un relajamiento de la censura, Lugo participó en una campaña de propaganda nacionalista. Pero el gobierno militar reaccionó promulgando una ley de más estricta censura y encarceló a gran número de los escritores considerados subversivos. Uno de ellos era Américo Lugo, cuya rectitud durante el proceso fue objeto de la admiración de su pueblo, y cuya respuesta a los cargos de la Comisión militar constituyó en sí un reto a la autoridad del interventor. El resultado de protestas tan insistentes, el que su política en ese país del Caribe influyera tan negativamente en sus relaciones con el resto de América, contribuyó a volver la atención norteamericana, distraída por la guerra mundial, al problema dominicano. Pero antes, Américo Lugo, ya libre, escribió sus más notables páginas en contra de la ilegal situación. Para darles mayor alcance, fundó en 1921 una revista que —recordando el periódico de su amigo José Martí— bautizó con el nombre de *Patria*. En dicha publicación salió en tres partes, en abril y mayo de 1921, su ensayo sobre los deberes de sus compatriotas ante los problemas del país¹. Hemos escogido las dos últimas partes de ese trabajo como ejemplo de lo que aquí interesa.

Después de una revisión histórica en la que recuerda cómo los dominicanos se habían ganado el derecho a una República libre, incita a sus conciudadanos a reconquistarla y les pide acallar las disensiones internas que prolongaban la intervención extranjera. Luego se refiere al norteamericano, hace su caracterización y describe su comportamiento. Podemos clasificar esta crítica, los alegatos correspondientes, en culturales, morales y político-económicos. Aunque en la cuestión dominicana el factor más importante es este último, no puede Lugo sustraerse de la corriente del escritor yancóforo que deplora y se burla del materialismo del yanqui y que insiste en la diferencia entre los pueblos anglo e hispanoamericanos, temiendo por la integridad espiritual de éstos ante el dominio del Norte. Así, en ese ensayo, encontramos, como en toda la literatura de su clase, referencia a los norteamericanos como «mercaderes» postrados o «desvanecidos con sus montones de oro». Y más adelante, advierte sobre el peligro:

¹ «Debemos defender nuestra patria», en *Américo Lugo; Antología*, selección, introducción y notas, Vetilio Alfau Durán (Santo Domingo: Librería Dominicana, 1949), págs. 72-73. Toda cita se hará con referencia a esta edición, indicándose las páginas, entre paréntesis, en el texto.

Cuando, finalmente, fuera posible aceptar la dictadura tutelar que los Estados Unidos de América pretenden ejercer, a todo trance, sobre nosotros, *Patria* aconsejaría, exhortaría, conminaría a no aceptarla jamás; primero, porque nuestro espíritu es diferente; segundo, porque la dirección de nuestra educación y cultura es diferente, y tercero, porque nuestro carácter es diferente. Poner nuestro gobierno político en sus manos sería darles nuestra dirección espiritual... La adopción de sus leyes, costumbres, etc., nos mataría con la peor de las muertes, la muerte por medio de una lenta degradación... (76-77).

Una constante de la literatura antiimperialista, desde sus primeras manifestaciones, ha sido la crítica de la moral en los Estados Unidos, no ya por sus acciones, que pertenecen a lo político, sino por lo que se considera la hipocresía con que llevan a cabo sus fines. Es por este cargo que se difunde en la poesía y el ensayo la imagen bifronte del estadista norteamericano. En esencia se censura que la intervención siempre venga con el disfraz de la amistad panamericana, con protestas de altruismo, de querer cumplir una alta misión humana llevando la paz y el progreso al país ocupado, mientras detrás de sus palabras y promesas se descubre un complejo de superioridad y arrogancia por la que se desdeña al hispanoparlante. Así lo señala Lugo: «Para colmo de desdichas, se intitulan hermanos nuestros, salvadores nuestros, regeneradores nuestros, tutores nuestros, maestros nuestros, cuando, en realidad, nos desprecian profundamente» (73). Al proceder así —agrega—, actuando como «ladrones», «despojan» al país «con dolo, engaño, fraude y violencia» (77).

En el campo de la política exterior, lo propio de la literatura del momento es condenar el imperialismo yanquí. Es característico, por ejemplo, comparar a los Estados Unidos con los imperios antiguos, llamándolos «el nuevo Cartago» o «la nueva Roma», para luego deplorar la explotación que, como aquéllos, hace de sus factorías y colonias. Así, en este ensayo, Lugo se refiere a la «dictadura de Washington», regida por «el nuevo rey de la imperial democracia anglosajona» (74), y hace en seguida, en contraste con el abuso de la «nación intrusa y extraña» de la que viene hablando, el recuento de lo que puede el país oponer a la absorción norteamericana, al renunciamiento de su tradición y cultura, sólo tolerable —dice— si el dominicano no tuviera un pasado del que vive orgulloso, si no tuviera una historia que le garantizara el mejor destino,

Si nuestra tierra, la predilecta de Colón, la primera en poblarse, colonizarse y civilizarse en el Nuevo Mundo, no hubiese iluminado y presidido el alumbramiento de cuantas son las sociedades civiles que ahora constituyen naciones en América, tanto con el caudal de sus arcas y el tesoro de sus venas, cuanto con las aulas de su Universidad, los talentos de sus capitanes y la piedad de sus prelados; si Colón mismo, y Cortés, y Pizarro, y mil guerreros, argonautas y misioneros dignos de ser cantados por Homero e historiadados por Plutarco no hubieran concebido y organizado sus empresas en esta isla Española, sacando del corazón de ésta el oro, la firmeza evangélica y el brío heroico necesarios; si Vázquez de Ayllón no hubiese encontrado entre nosotros recursos y elementos para poblar la primera colonia en el entonces solitario seno de las tierras que habían de ser, andando los siglos, los Estados Unidos de América; ...si nosotros no hubiéramos combatido, vencido y rechazado a los abuelos anglosajones de estos mercaderes angloamericanos, cuando desembarcaron, trescientos años ha, en cantidad de ocho o diez mil hombres, en el mismo sitio en que recién desembarcó su gente Caperton... (75-76).

La tradición, la radical diferencia de espíritus, la hipocresía y violencia con que avanza el invasor, todo debe contribuir, insiste, a fortalecer la resistencia del dominicano al imperialismo, a sus ejércitos y a las «rapaces corporaciones todopoderosas» que «se apoderan de los terrenos ajenos y desalojan a los infelices propietarios indemnizándolos después con un fajo de sucias papeletas» (72-73). Precisamente la soberanía popular, el título de la mayor propiedad —la nacional— dependía, según Lugo, de una de esas «papeletas», pues, como de Cuba, los Estados Unidos no iban a retirarse de Santo Domingo hasta asegurar la legalidad de la ocupación y todas las medidas tomadas por el Gobierno Militar. Por eso, y porque durante la larga presencia muchas tierras habían pasado a manos del extranjero bajo el enorme peso de impuestos y la presión de compañías norteamericanas, encamina Lugo sus escritos antiyanquis contra el Plan Hughes-Peynado y el Entendido de Evacuación, y se dirige al sector más sensible, “A los Campesinos”, en julio de 1923, y les pide abstenerse de votar en las elecciones que determinarían la suerte de dichos convenios: el «oculto veneno traidor» —la táctica legislativa del referendium—, explica, había convertido el sufragio mismo en un medio de «encadenar la República al poste americano» y hacer «re-

conocer la validez del despojo del patrimonio nacional, colocando la patria dominicana bajo un PROTECTORADO..., de igual modo que lo están Panamá, Nicaragua, Haití y otros países de América»².

Ya en proclamas, género secular de la literatura de protesta en Hispanoamérica, ya en artículos y ensayos, como el que hemos visto para las columnas de *Patria* y de otros periódicos, sigue vertiendo Américo Lugo su yanquifobia. Las circunstancias por las que escribe son las particulares de la República Dominicana, pero la crítica y la retórica con la que se expresa son las mismas empleadas por todo país hispanoamericano desde el siglo XIX, y a través de la época que tratamos, al censurar la manera de ser y la política exterior de los Estados Unidos.

Con respecto a Cuba conviene tener presente que la República no se instauró hasta 1902, al cesar la ocupación de los Estados Unidos. Sin embargo, la primera tentativa de gobierno criollo tuvo un fin triste, trayendo consigo la segunda intervención, que duró hasta 1909, una tercera en 1912 y aún otra durante la primera guerra mundial. El pueblo cubano vino a ensayar el gobierno propio bajo condiciones poco favorables: se les entregó una soberanía que, por la Enmienda Platt, limitaba la libertad del país en sus actos internos y en sus relaciones internacionales. Este control de la Isla se mantuvo, de manera más o menos directa, precisamente hasta la terminación del período aquí estudiado, cuando empieza a negociarse la abrogación de dicho apéndice constitucional.

Con respecto a la economía, al igual que en Puerto Rico, los Bancos y las inversiones americanas iban sustituyendo o dominando las nacionales y, al igual que en Puerto Rico y Santo Domingo, las industrias de los monopolios absorbían las pequeñas criollas para convertir al país en uno de monocultivo azucarero; los campesinos, por su parte, vendieron sus propiedades a los grandes centrales azucareros y se encontraron luego explotados por los terratenientes absentistas.

Así, reflejando esa crítica situación nacional, los objetos de análisis de la novela del momento fueron, tanto en la urbana como en la rural, la corrupción política y la subordinación del gobierno a los intereses norteamericanos, y, en la narrativa vernácula, el sufrimien-

² El texto de esta proclama, firmada por Américo Lugo en Santiago de los Caballeros, se conserva, con otros importantes documentos de este autor, en la Sala Dominicana de la Biblioteca Central de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Al licenciado Pablo Lorenzo, director de la misma, y a su personal, agradecemos de nuevo sus atenciones durante nuestra reciente visita a dicha biblioteca en busca de datos relacionados con el tema.

to del campesino criollo y la indiferencia y abuso de la industria extranjera y sus representantes en la Isla. Luego, el choque cultural de las costumbres nacionales con «The American way of life» —la forma de vivir del norteamericano, su escala de valores— y los efectos perniciosos de la influencia de ésta en el cubano, y la triste realidad de que la unidad nacional se hacía imposible al juntar sus fuerzas el extranjero y el criollo adinerado, quedando solos y sin recursos el pobre y los patriotas.

La obra de Ramos que mejor refleja estas tendencias es la novela *Coaybay*, escrita en 1925 y publicada al año siguiente³. Es un retrato de la vida durante la segunda década del siglo en la capital de una imaginaria república del Caribe, Coaybay, que se encuentra bajo la influencia del poderoso estado vecino, Norlandia. De los elementos a su disposición, a Ramos le interesó más el espacio para esta obra, y es precisamente en ese elemento donde encontramos las primeras manifestaciones de su yanquifobia. Coaybay es Cuba, pues ése es el nombre indígena de la Isla, y, por otro lado, Norlandia representa los Estados Unidos.

Al principio se le ofrece al lector una visión de Naraguá, la capital de Coaybay, y en la descripción se evidencian los resultados de dos décadas de penetración de lo norlandés en las maneras criollas: por un lado están los monumentos de España que —dice Ramos— «llamaban todavía la atención de los extranjeros inteligentes, por su nobleza de proporciones», y «la majestad» y «altivez aristocrática» de su fachada. Por el otro, la parte antigua de la capital había sido «definitivamente conquistada por las bárbaras huestes del progreso para sus almacenes mal olientes, sus enormes y destartalados carros, sus peones sudorosos y ajetreídos..., sus letreros: el *down town* de la gran ciudad moderna y norlandizada (4). Así como el ambiente ha servido para crear, por antítesis, la primera impresión desfavorable de lo que representa Norlandia, siguen presentándose los contrastes que subrayan el peligro de la cultura sajona. Esa es la función de cuadros, como el que sigue, en el que se ve la amenaza a la vida y espíritu religiosos por la dominante actividad comercial, simbolizados, respectivamente, por las campanas de los conventos e iglesias y los rascacielos y las instituciones bancarias: «Cohibidas entre los altos edificios para oficinas y los monstruosos Bancos —templos ateos del Dinero Todopoderoso— las campanas de los antiguos

³ La Habana: Imprenta «El Siglo XX», 1926. Los números que siguen entre paréntesis a las citas indican las páginas en esta edición.

conventos e iglesias parroquiales de la ciudad, nutridos en número, aventuraron tímidamente unas cuantas llamadas a sus fieles y enmudieron en seguida» (18). Y en las afueras de la ciudad aparece la hibridación cultural de aquel sector de la población que goza los frutos económicos de la influencia norlandesa: es el suburbio llamado en son de burla Pampaniyas donde encontramos el «Tennis Park», el «Jockey Club», «exóticos *good nights*», «turkey trots», «high balls» y, en general, una ostentación de mal gusto por la riqueza de adquisición reciente (53-54).

Como en muchas novelas de tónica antiyanqui, la descripción pura se mezcla con digresiones subjetivas del narrador al interpretar la realidad que va presentando. Ramos emplea dicha técnica en *Coaybay* en la explicación del simbolismo del tranvía, ejemplo de la inversión norteamericana:

...el tranvía: la Industria Extranjera, el instrumento que pesca, el salteador de caminos que legalmente se plantó un día en mitad de la carretera a cobrar el barato, arrastrando todavía por las calles medio desiertas la infalible carnada de su relativa comodidad; y el camión vacío, el símbolo de la ocupación favorita de los españoles y sus hijos los coaybayanos adinerados: el comercio, el comercio secundario que saca dinero del mero distribuir, que multiplica los anzuelos del pescador foráneo y se contenta con una mordida a la carnada —y aun a la misma víctima— y pide siempre perentoriamente vía libre a los Gobiernos, aunque su labor quede mecánicamente reducida a cero tan pronto falte carnada, o falten peces... (19).

Otra característica de la narrativa antiyanqui, también presente en esta obra de Ramos, es el desfile de figuras de fondo que, formando parte del espacio ambiental, no llegan siquiera a la altura de personajes. Se les presenta para completar el cuadro o la escena y, al mismo tiempo, para permitir un comentario crítico. Tal es el caso del campesino con quien se encuentra uno de los protagonistas de *Coaybay*, el cual dice al pasar por un cañaveral, reflejando el problema agrícola de la nación: «Toda esta tierra que ve usted ahí, toda esa tierra que hemos pasado y vamos a pasar... era de mis abuelos, y después de mis primos y mis hermanos. Todo era nuestro... Ahora, es esa finca mía lo único que queda. Lo demás, ya lo ve usted: un central, una fábrica de azúcar con capital extranjero, que deja aquí lo que los políticos del Ayuntamiento le quitan, lo

que paga a sus cuatro empleados naragueños y a los pobres cortadores de caña, y algún otro gasto que pueda hacer. Lo demás, ¡se lo llevan fuera!» (141).

También al nivel de la caracterización, con los personajes centrales de la obra, entra en juego su valor como representantes de un sector de la vida nacional. No son, como en gran parte de la narrativa vernácula antillana, simples tipos como el norteamericano rubio encargado del central que explota al obrero, o el interesado capataz criollo con aires y pretensiones de yanqui. No son tampoco tan planos como en esta novela lo es el dictador de Coaybay, político inepto apoyado por los intereses financieros de Norlandia. Son, más que eso, el resultado de fuerzas históricas, económicas y filosóficas que debaten sus puntos de vista. Así, en *Coaybay*, en la familia protagonista de los Peñalba de Mendoza, el padre, don Marcelo, encarna los últimos vestigios del nacionalismo decimonónico, identificado con el ideal hispánico y opuesto radicalmente a toda influencia del Norte «materialista». Noble por sus intenciones, es, sin embargo, un hombre al margen de la vida de su pueblo, y sus deseos de servir a su patria, ayudando a derrocar al tirano que se pliega a los intereses foráneos, sólo hunde al país en luchas intestinas que permiten la abierta intervención de Norlandia. Sus hijos, Washington, Miñón y América representan, en orden inverso, una fértil síntesis autóctona de lo importado y lo coaybayano, el estéril desarraigo del nordófono afrancesado y el fatal exceso de admiración por lo norlandés.

La condición episódica de esta novela permite a sus personajes moverse hacia un desenlace por situaciones que evocan acontecimientos reales. Claro que las configuraciones históricas se diluyen más en la novelística rural, pues es más paradigmática que evocadora de un momento particular la explotación en el cañaveral o la plantación, seguida de la protesta obrera y su subsiguiente triunfo o derrota. En la novela de ambiente urbano, en cambio, como en el caso de *Coaybay*, es de más resonancia el tipo de suceso contado. Así, cuando la marina norlandesa invade Coaybay para proteger sus intereses comerciales, asume el control de las aduanas para afianzar su deuda exterior y las fuerzas armadas de Coaybay se reorganizan bajo la supervisión del invasor, no es difícil identificar las alusiones históricas a las intervenciones norteamericanas en Cuba y en la República Dominicana. El recurso, la convención literaria es fácil de descubrir: las fronteras entre la ficción y la realidad se desvanecen, y se reaviva así, en el lector, la indignación ante cada uno de aquellos

sucesos históricos. Manejando con habilidad las situaciones al construir el argumento y presentar los personajes, lo que sacrifica el novelista en originalidad lo gana en el impacto emocional que produce en el espíritu patriótico del lector el sentimiento antiyanqui.

Veamos, por último, el ejemplo que nos ofrece la poesía del puertorriqueño José de Diego. Cuando las tropas norteamericanas desembarcaron en Guánica, en agosto de 1898, Puerto Rico gozaba de la autonomía concedida por España y no miró la nueva intervención sino como una posibilidad de asegurar mejor sus derechos. Pero en octubre de ese mismo año la bandera norteamericana se izaba en todos los edificios públicos de la Isla y, por el Tratado de Paz, firmado en París dos meses más tarde, Puerto Rico quedaba como botín de guerra en manos de los Estados Unidos. Los puertorriqueños iban a ser así, hasta 1917, ciudadanos de una nacionalidad que legalmente no existía, y en ese año, a la fuerza, tuvieron que hacerse ciudadanos estadounidenses, perdiendo todo derecho político el que se negara a aceptar la nueva nacionalidad. Frente a la gran mayoría que se organizaba en partidos anexionistas, esperando conseguir mayor libertad como territorio y luego como Estado norteamericano, José de Diego insistía en que su partido, el Unionista, planteara la independencia como solución única y mediata para la isla. De Diego fue, aun, al mantener su ideal independentista, un moderado, no un revolucionario; su lema era: «Contra el régimen, dentro del régimen», y esa moderación será la nota dominante en su poesía más o menos hasta 1914, mientras actúa como presidente de la Cámara de Delegados y en otras capacidades oficiales y defiende su programa junto al escritor satírico Rosendo Matienzo Cintrón y el novelista Manuel Zeno Gandía. Hacia esta última fecha, como teme que la imposición de la ciudadanía norteamericana fuera un impedimento permanente para la independencia del país, De Diego no sólo propone ésta como solución obligada, sino que insiste en la necesidad de implantarla en seguida, y como pensaba que su meta no se lograría sin la unidad de las tres Antillas, se dedica a viajar por ellas y por la América del Sur, buscando apoyo a sus proyectos. Entonces su palabra se vuelve más militante, en la tribuna y en el verso, y su yanquifobia logra mayor intensidad y dimensión.

Para representar aquel momento primero del llamado «trauma del 98», cuando el bardo puertorriqueño —como sus contemporáneos por toda la América hispana— manifiesta con preferencia una yanquifobia cultural, hemos escogido el poema «Sol poniente», fechado en 1899. Es una confrontación de los espíritus «latino» y

anglosajón en la que el autor proyecta con marcado pesimismo la derrota de aquél, con la única salvación del ideal, carácter y cultura propios en una vaga religiosidad:

*El sol latino morirá en América,
vendrá la luz crepuscular del polo;
los ojos negros morirán de frío
y vendrán los azules melancólicos.*

*Las trenzas de azabache irán cayendo,
irán brotando los cabellos de oro;
la tez de perla cederá al granate
y la seda a la púrpura en el rostro.*

*La onda amorosa de la fértil curva
se irá volando de los senos mórbidos;
la recta en pie descenderá, la recta
dura y estéril de los muros góticos...*

*¿Y el alma?, ¿y el espíritu?, ¿y el fuego
del corazón ardiente y generoso?
¿Quién no ha sentido ya las vagas olas
del Avatar que llega, como un soplo?...*

*¡Los ojos negros morirán de frío
y vendrán los azules melancólicos!*

*María, Dios te salve... ¡Dios te salve,
como a la Madre del Amor Glorioso!
Mientras tú vivas con tus ojos negros,
el sol latino vivirá en tus ojos...⁴.*

Tanto en la estructura como en el léxico, el recurso clave del poema es la antítesis, como lo es en general de la literatura que nos interesa. Por ella, sin necesidad de acusaciones explícitas, se pinta al norteamericano como conquistador, mezquino y falto de espiritualidad. Pero más interesante es el campo semántico del que provienen

⁴ José de Diego, *Obras completas* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966), I, 289-290. Las próximas citas dan al final, entre paréntesis, las páginas de este mismo volumen.

los símbolos y las imágenes por las que se establece el contraste entre los dos espíritus. Sirven aquí de pares antitéticos las características de la anatomía femenina: los ojos negros y los ojos azules, las trenzas de azabache y los cabellos de oro, la onda amorosa de la fértil curva y la recta dura y estéril de los muros góticos. Con la excepción de la última antinomia, el significado y la inteligencia de los otros contrastes depende totalmente del contexto de la yanquifobia. Es por convención, por su pertinencia a un sistema simbólico establecido, que comprende el lector no sólo las metonimias mismas, sino también que las aplicadas a la raza «latina» son positivas, mientras las que representan a la sajona deben suscitar una reacción negativa. Se hace evidente la existencia de una lengua de la yanquifobia común al lector y al autor, pues en cualquier otro contexto, dentro del empleo normal o literario del idioma, sería extraño por no decir inaudito encontrar un atributo como «cabellos de oro» con un valor negativo.

Claro que las coordenadas simbólicas no siempre requieren un conocimiento anterior de la literatura antiimperialista o del contexto particular para su pleno entendimiento. Como la oposición de las dos culturas o espíritus es tan constante, su simbología se ha desarrollado en diversos campos de referencia que por su naturaleza excluyen el requisito de previas lecturas antiyanquis. De esta manera, provienen de la Biblia pares simbólicos de obvio significado, como la antítesis Cristo-Mefisto, y también de literaturas extranjeras, como el famoso caso de Ariel y Calibán. Y asimismo abundan en la poesía en contra de los Estados Unidos los pares tomados del mundo animal, en que el invasor se representa por el águila de su escudo —ave de rapina— mientras el país hispanoamericano que cae víctima de la expansión es un animal dócil y doméstico —como en la misma poesía de De Diego, el cordero, del escudo puertorriqueño—. El recurso de mostrar con un valor invertido el símbolo norteamericano, para así insistir en el abandono de los ideales del país, es de los más efectivos en el repertorio antiimperialista, y los escritores lo aplican también con frecuencia al referirse, con carácter peyorativo, a la bandera americana y a la estatua de la Libertad. Pero la elaboración más interesante del águila como clave del expansionismo estadounidense en la obra de De Diego aparece en su «Himno a América», escrito en 1916 —ya en su etapa más militante— y premiado en Santo Domingo, donde el Gobierno de ocupación militar acababa de imponerse. Por analogía con el ángel caído, Lucifer, cuenta cómo el ave «que tuvo el vértigo de la altura» se convirtió en «águila negra de alma de cuervo, / rapaz y torva, / de pico acerbo, / de garra corva» (387), y, libre

ya de las influencias del modernismo, De Diego emprende una relación de las aventuras intervencionistas de Estados Unidos en Hispanoamérica abriendo así un camino que pronto han de frecuentar los poetas que lo siguen con esta literatura de denuncia:

*México siente dos veces el furor de la zanca
de la Bestia maligna que aturde los cielos del Norte
y el puñal y el corte
del pico feroz que a pedazos los miembros le arranca.*

.....
*Prendidas las uñas tajantes de la zarpa inmensa
al cuello infeliz de Colombia indefensa,
convierten la obra del genio en degollación...*

.....
*Y con las doce nítidas Aguilas de intensa albura
la negra Aguila imperialista,
de los combates ya al fin cercano,
fue a la conquista,
y con sus alas nubló una punta de aquel lucero,
que era el espíritu genético del invencible pueblo cubano.
Y ¡oh mi Cordero!*

.....
*por débil eras la única víctima propiciatoria
¡y fue tu entraña
el desgarrado, único, rojo girón sangriento de la victoria!*

.....
*Profanar osa con sus miradas el venerando
emplazamiento de las Iglesias y los Castillos
donde cantaba sus versos puros Leonor de Ovando*

.....
*todos los ámbitos de Quisqueya
llenos de tumbas y de blasones,
en que hasta el polvo de los rincones
guarda semillas, eternamente germinadoras, de la epopeya (390-392).*

.....
Sería algo aventurado, del breve análisis que antecede, sacar conclusiones definitivas sobre esta forma de expresión literaria o reunir en grupo sus más notables características. Los ejemplos citados, como se advirtió antes, son casos típicos en los que se encuentran los rasgos más frecuentes de la retórica antiimperialista y sus constantes en

una época y un territorio determinados. Al añadir otras figuras en cada país, y de ellas señalar distintos momentos de su producción, veríamos similar juego creativo en la incidencia de imágenes y recursos y en el empleo de ciertos epítetos. A partir de la época en que termina el período aquí estudiado surge un nuevo ciclo de yanquifobia: cambian los motivos inmediatos, aunque no tanto la geografía, y los autores heredan aquellos expedientes lingüísticos que, con los moldes nuevos de la creación literaria, pero sin apartarse mucho de sus antecesores, vuelven a esas modalidades que parece requerir el tema. A pesar del nuevo brillo y vida que a las viejas formas puede imprimir el genio del escritor, no sería difícil establecer una simbología sobre los Estados Unidos, sobre sus valores, sus actos y sus ambiciones imperialistas en Hispanoamérica: de nuevo encontraríamos los caminos ya recorridos por estos tres precursores antillanos.

L. B. KLEIN.

Columbia University. Nueva York (EE. UU.)